

## Alegato por una cierta científicidad en un momento de crisis

*José Enrique de los Santos*

*“Cuanto más sólido, bien definido y espléndido es el edificio erigido por el entendimiento, más imperioso es el deseo de la vida por escapar de él hacia la libertad.”*

*Hegel*

### Resumen

En este trabajo me propongo abordar el problema de la científicidad del psicoanálisis en el contexto de la llamada “crisis” del mismo, y dentro del período histórico del fin de la modernidad.

Procuró definir la sensibilidad y el pensamiento prevalentes en esta época, y como ellos pueden incidir en el proyecto del psicoanálisis.

Trazo paralelismos entre el “pensamiento débil” del fin de la modernidad y algunas corrientes dentro del pensamiento psicoanalítico.

Partiendo de lo anterior, trato de mostrar cuales podrían ser las bases epistémicas del psicoanálisis considerando como ciencia o teoría subjetiva, y cual es mi posición ante la investigación en psicoanálisis.

### Summary

In this task I intend to cover the problem of psychoanalysis’ science in the context of what is called the “crisis” of the same, and within the end of modernity’s prehistoric period.

I try to define prevailing sensibility and thought in this time, and how they can affect psychoanalysis’ project.

I design paralelisms between “weak thought” of the end of modernity and some currents within psiconalitic thought.

Starting from the previous point, I try to demonstrate which the epistemological bases of psicoanalysis could be considering it as a science or as a subjective theory, and what my opinion is about the investigation in psicoanalysis.

No soy un epistemólogo, ni un lógico, ni un hombre de ciencia en el sentido clásico estricto, sino un psicoanalista, es decir, un investigador clínico a la vez que un terapeuta, inmerso en el fin de la modernidad y en una nueva crisis del psicoanálisis, y como tal, preocupado por redefinir su ubicación dentro del saber y de las realizaciones humanas.

Esta reflexión es parte de esa preocupación, que comienza tal vez, no en lo que se llama crisis del psicoanálisis, sino en algo más amplio y profundo y que puede definirse como crisis civilizatoria y de la subjetividad.

Nos afecta una revolución cultural cuyo eje parece ser el descreimiento en la racionalidad, y en los augurios optimistas para la humanidad que ella proclamaba.

Revolución y crisis en las que el pasado no es garantía del futuro, y este tampoco ofrece garantías ; donde se intenta vivir un presente “recalentado”, desconectado del pasado y del futuro que se desmienten, y objeto de culto y obsesión.

Esto deja al sujeto en suspenso sobre la nada, en una gran crisis de identidad, y aferrado solamente de lo instantáneo y fugaz.

Cultura de sobreadaptados y de excluidos, del “ya fue” y del “mejor no pensar en lo que se viene”. Y obviamente, esta sensibilidad afecta las raíces del proyecto terapéutico del psicoanálisis.

Por otra parte, considero que para hablar de crisis de una ciencia, se debe constatar reiteradamente que esta no responde a los problemas ante los cuales fue creada.

En el caso del psicoanálisis, si este como teoría y como práctica no cumpliera con sus objetivos de transformar un padecimiento neurótico o narcisista, en un padecimiento común y corriente, o si otras técnicas lo lograran con mayor eficacia y eficiencia.

Pero no se han constatado ambas cosas todavía, por lo menos en este milenio.

Lo que resulta innegable si, es la profunda crisis cultural y civilizatoria de nuestra época.

Para no quebrarse ante un embate tan profundo, una teoría debe ser flexible, sobre todo si es como el psicoanálisis, una teoría o ciencia de lo particular, de lo subjetivo, y como tal abierta a un grado variable de indeterminismo, incertidumbre y verdades parciales y provisorias, o mejor dicho, de verídicos decibles.

Una teoría así, debe tolerar las tensiones del pensamiento en un tiempo de crisis de la racionalidad, de la omnipotencia de la razón y de la estructura narcisista del yo cartesiano.

De crisis de las idealizaciones y de los valores que había consagrado la modernidad, tales como: razón que conduce a la verdad, libertad, justicia, fraternidad y progreso.

De crisis de las grandes visiones, de las teorías unitarias, de las perspectivas lineales, y adialécticas; de todo lo que no muestre fisuras, ambivalencias, ambigüedades y faltas.

Ante tal crisis civilizatoria y de la subjetividad, cobra auge un pensamiento desconfiado, hipercrítico o francamente pesimista (detrás de la proliferación y multiplicidad de pequeñas o grandes creencias, hay un profundo descreimiento en todo), pero también atisba una actitud que busca un lugar entre Escila y Caribdis: entre la búsqueda renovada de la verdad absoluta y la impotencia del descreimiento absoluto. Actitud que no busca los viejos ídolos de unidad, telos y ser, sino que alienta al sujeto a errar, en el doble sentido de andar y equivocarse, permitiéndose la multiplicidad, la parcialidad, la incompletud, y por un camino que aspira a pequeñas metas particulares, más que a una meta final y universal.

Lo que se llama crisis del psicoanálisis, debe ser contextualizada en esa crisis civilizatoria de nuestra época, con lo que tiene de oportunidad riesgosa de abrirse a nuevos rumbos, y de sepultar lo anterior, pero conservándolo y superándolo, como en el aufhebung hegeliano.

El psicoanálisis no puede escapar de lo epocal, y es bueno que no escape, que viva a su modo esa crisis de la época y trate de superarla, aunque los caminos para hacerlo no sean fáciles, claros y únicos, pese a que el psicoanálisis está habituado a la crisis permanente.

Me parece que un primer paso sería procurar entender el pensamiento y la sensibilidad de este momento histórico; aunque ello nos lleve a re-formular o por lo menos repensar, los fundamentos éticos y epistémicos de nuestra ciencia, sin la

pretensión de construir un discurso epistemológico, y sólo con la intención de examinar las condiciones de producción del saber y de la verdad en psicoanálisis. Pero en un discurso donde no se forcluya al sujeto, como lo hace habitualmente la ciencia.

El psicoanálisis, pienso yo, es una ciencia de lo subjetivo y particular, que busca la verdad particular, no una ley universal; busca la verdad particular de un sujeto, pero en un punto de ocultamiento de ese sujeto. Esa verdad se puede encontrar en otros y generalizar en cierta medida, pero en cada uno de los sujetos se articula de un modo nuevo, con una especificidad íntima, con un carácter particular irreductible, en una especie de subjetivización de la verdad.

No es una técnica en el sentido de aplicación de procedimientos para obtener un producto determinado, que se cuantifica estadísticamente; ni el analista es un técnico trabajando en una fábrica de producción de salud mental. En psicoanálisis, la calidad de los actos se mide sobre todo subjetivamente, en términos de satisfacción o bienestar subjetivo del paciente, más que en resultados numéricos cuantificables. En psicoanálisis la validación es esencialmente subjetiva.

El psicoanálisis es un humanismo en vías de una formalización, que afortunadamente es inacabable, y abierta a la capacidad creativa y sublimatoria, y a una profundización creciente en el análisis de vivencias y experiencias intersubjetivas.

La formalización, la cuantificación, la observación exacta y objetiva, el registro, la acumulación de estas observaciones, la tecnificación subordinada al fin utilitario y pragmático, tan útiles en medicina y en las ciencias de la naturaleza, pueden ser un serio obstáculo para operaciones fundamentales en el analista: salir de sí para mirarse desde afuera, proyectarse en el otro e identificarse con él para saber que piensa y que siente.

En una época de crisis de la subjetividad, esos obstáculos podrían acentuar la crisis y llevar a una desubjetivación mayor.

El psicoanálisis se aproxima más al arte que a la ciencia positiva: busca y expresa verosimilitud, no similitud; busca y expresa la circulación del sentido y no la detención del sentido.

Aunque a diferencia del arte, debe resolver problemas concretos y debe buscar resultados, llámense reducción sintomática, cambio psíquico o curación. Ni al arte, ni a la filosofía se le exigen tales cosas.

Es, pienso yo, una ciencia o teoría subjetiva, y no podemos validar sus resultados y operaciones con los métodos de las ciencias objetivas, positivas, sin entrar en contradicciones e incoherencias metodológicas, lógicas y epistemológicas. Los modelos numéricos de predicción o de líneas tendenciales, por ejemplo, son propios de lo empírico, del positivismo, y no de lo clínico e intersubjetivo.

En psicoanálisis, la verdad es un sentimiento que experimenta el sujeto ante la reconstrucción analítica, y no un dato registrable, cuantificable y trasladable a modelos numéricos. La validación, la verificación, la evidencia y la certeza en psicoanálisis, son fundamentalmente subjetivas.

Por ser una ciencia de lo subjetivo y una reflexión sobre lo humano, el psicoanálisis se torna sujeto a conmociones, y a influencias permanentes desde las diferentes visiones y procedimientos para pensar que surgen en nuestra época : estructuralismo, lógica moderna, semiótica, lingüística, teoría de los conjuntos, topología, nuevas corrientes en epistemología, etc., que obligan a pensar la estructura de la ciencia y al sujeto del conocimiento, de otro modo pero sin caer en un sincretismo fácil y engañoso, que haga perder su especificidad al psicoanálisis.

En el centro de esta crisis de nuestra época y del debate entre distintas corrientes de pensamiento y visiones de la realidad, está el pensamiento débil, que representa una determinada actitud cognoscitiva, un modo y una categoría de conocimiento, y un tipo concreto de saber muy próximo al del psicoanálisis: no busca el fin último, la unidad

trascendente ni el ser en el fondo de la realidad, ni un modelo que coincida perfectamente con ella. Busca el sujeto pensante y deseante.

En la base del debate y de la crisis, también se esbozan dos concepciones de la vida, dos tendencias del ser humano: una que rechaza el exceso y procura restablecer el equilibrio por reducción a una teoría, a una verdad; otra que trata de lograr un nuevo equilibrio provisorio, creando lo que falta, es decir, nuevas teorías, nuevas verosimilitudes parciales y transitorias, pero reconociendo y aceptando esa falta. El pensamiento que *avanza* por el primer camino suele llevar al dogmatismo, a la ideología y la parálisis, a la crisis con ruptura. Ese camino en psicoanálisis, sería el que trata de reformular el régimen de validación que lo sustenta como ciencia, según el propio de las ciencias positivas.

El pensamiento débil, y pienso que en general el pensamiento psicoanalítico, aunque con honrosas excepciones, procuran un modelo más dúctil, elástico, menos rígido, que sea una aproximación verosímil a la realidad, necesariamente incompleto, que sirva sobre todo como indicador, como señal: que no intente abolir la castración. Postulan a ese fin, una modificación tanto del objeto como del sujeto del conocimiento, introduciendo las categorías de particularidad, multiplicidad y de complejidad de la experiencia, así como aceptan que el sujeto del inconsciente, el sujeto del deseo inconsciente, infiltra todas las teorías y observaciones, y que el yo del observador es también un yo de desconocimiento.

Esto supone, entre otras consecuencias una crítica o relativización de lo hipotético deductivo y de lo inductivo como operaciones privilegiadas, y una validación a través de otras operaciones, tales como la contrainducción, por ejemplo, por la cual el o los casos particulares pueden modificar la generalización, la hipótesis hecha previamente. O supone reconocer la inducción pesimista o negativa.

Este estilo de pensamiento apunta sobre todo a la particularidad cotidiana, a la aparente trivialidad de lo intrascendente, y sobre todo, hacia aquel extremo del sujeto en el cual la correcta y racional organización del yo, no funciona como tal. Se aventura a debilitar ese yo enfrentándolo a otras realidades, a otros saberes, a la falta de certezas, al no saber o al vacío inquietante.

Pero ese enfrentamiento no disuelve el yo, sino que provoca una explosión de vivencias donde él participa, de narraciones, de discursos, incluidos los discursos epistemológicos regionales, ahora más cercanos a la reflexión y a la propia narración, donde el sujeto está presente en su división, y no forcluido, como en el discurso científico racionalista, positivista.

Una forma de pensar va cambiando hacia otra, más dispuesta al silencio y a la escucha del sujeto que habla.

La multiplicidad subjetiva se va transformando en una nueva o renovada categoría de pensamiento, en el cuál la subjetividad se vuelve reconocible, y por eso mismo, el pensamiento recobra una certeza y una verosimilitud tolerables, posibles, a la par que logra sustento en una legalidad simbólica.

La presencia de los sujetos, y no su ausencia, le asegura verosimilitud y legitimación simbólica.

No es la caída en la irracionalidad ni en la paralógica, que proclama una opción cognitiva a través de la imaginación, la inventiva, el disenso, la búsqueda de paradojas, la inestabilidad, el localismo, la inconmensurabilidad y la agonística.

Es una apertura epistemológica a la multiplicidad, pero sin renunciar al pensamiento organizado y lógico. Se trata de reconocer una vez más, que no tenemos un objeto homogéneo delante de nosotros, y que no somos un sujeto que lo analiza y descompone permaneciendo igual a sí mismo, como pretenden el positivismo y las ciencias de la naturaleza. La operación de las ciencias sociales, o comprensivas o subjetivas, y particularmente del psicoanálisis, es mucho más complicada, y la unidad tanto como la

verdad son incógnitas, cuyo valor varía en función de otros términos que se articulan con ellas. Son unidades y verdades contextuales.

Además, tanto el objeto como el sujeto de estas ciencias, deben pagar por su inscripción en el lenguaje, el precio de una dualidad: la de estar fuera y dentro del lenguaje a la vez, la de ser productor y efecto del mismo. Esto obliga a abandonar la idea de la verdad entendida como adecuación, y tomar la idea griega de la verdad como revelación, revelación que como dice Hegel, hace inevitable la intervención del discurso. Y eso supone, repito, dejar de lado la idea de una adecuación a la realidad (de una verdad por correspondencia), la que existe sólo en la medida en que se va mostrando a través del discurso. La verdad entonces, no es otra cosa que aquello de lo cual el saber no puede enterarse de lo que sabe, sino haciendo actuar su ignorancia, revelada en el discurso. La verdad sería lo que no puede decir el discurso del saber; lo que sabemos que “está allí”, pero no podemos decir. Es indecible, pero “hace” saber.

Nos tenemos que consolar con una verdad por coherencia, contextual, es decir, provisoria, relativa y variable.

El objeto y el sujeto de esas ciencias, inscriptas en el lenguaje, también deben pagar el precio de la polisemia: ser y estar descentrados por la significación permanentemente.

Incluso, deben pagar el precio de una relación de límites muchas veces imprecisos, donde el pequeño fragmento de la realidad, el detalle, lo marginal, el lapsus, el acto fallido, el traspie en el discurso, cobran una gran dimensión, como las epifanías de Joyce. Lo pequeño, lo particular nos hace entrar en una experiencia ensanchada, enriquecida, donde crece la experiencia subjetiva, y el sujeto se reconoce mejor en su propia experiencia y dimensión.

Esa es la experiencia subjetiva del pensamiento débil, muy cercana a la del psicoanálisis: una forma de saber distinta a las demás, sobre todo al saber racional fuerte, positivo, y más cercana a una experiencia global. El sujeto está incluido en esa experiencia, no puede ser separado ni deducido de ella, como tampoco esa experiencia puede ser registrada, cuantificada y modelizada numéricamente.

El pensamiento débil, como el proceso analítico, es un ejercicio subjetivo, una experiencia intersubjetiva, una experiencia con la realidad, un descubrimiento del inconsciente y un errar cuya meta no sabemos de antemano; podemos sólo saber su dirección en cada trecho, las condiciones mínimas necesarias para mantener la ruta, y las pequeñas correcciones de rumbo que podemos extraer de nuestra experiencia, para evitar los obstáculos. Y en cierta medida, de la experiencia de otros sujetos.

Al no admitir una fundamentación única, última y normativa del saber; al no recurrir a estructuras carentes de centro y finalidad y desprovistas de sujeto, apunta a recorrerlos caminos de una subjetividad no sustancialista, fluida, en devenir. Un “siendo sido”, no un “es”. En el devenir y en el discurso, pero sobre todo en su discontinuidad y dispersión, está el sujeto.

De la crisis de la razón, ese pensamiento procura salir con razones más modestas: sin la pretensión de entronizar la capacidad de síntesis y el poder de la generalización, llevando adelante lo anunciado y propuesto por Nietzsche y Heidegger: la muerte de la razón-dominio y la experiencia del olvido del ser como fundamento. El ser, ahora es un sujeto del deseo inconsciente, descentrado, inestable, que sólo podemos encontrar fugazmente en el devenir, y en la discursividad.

Es un pensamiento que dirige una mirada más atenta y tolerante a la multiplicidad de los fenómenos humanos, de los procesos discursivos, y de las formas simbólicas o semióticas, viéndolos como ámbitos de una experiencia del sujeto como ser-en-el-mundo.

Aceptando incluso, que puedan existir otras formas de saber, que no sean las de la ciencia. Es un pensamiento capaz de articularse “a media luz” (la *Lichtung*, de Heidegger): razonar admitiendo incertidumbres, verosimilitudes, multiplicidades;

articulando sujeto y pensamiento, sujeto y lenguaje, no para reencontrar el ser glorificado por la metafísica o la ratio pontificada por el racionalismo. Ni el fin último de la historia.

Ni el fin último de la cura analítica. Sino para encontrar al sujeto entendido como huella, recuerdo, olvido, división, palabra, afecto, deseo...

Es decir, un ser debilitado, inestable, pero sensible y abierto a nuevas cosas, a nuevos sentidos, y por todo eso, más digno de atención.

El inconsciente irreductible, el núcleo reprimido primordial, lo real imposible, el yo del desconocimiento y otras nociones del psicoanálisis, debilitan la racionalidad en su centro, como lo hace el pensamiento débil, llevándola a ceder terreno desde el lugar en que la colocó Descartes sobre un punto de referencia único y estable.

Así se esboza una “ética de la debilidad”, a la cual el psicoanálisis ha contribuido fuertemente: actitud de equilibrio y equidistancia entre una visión apocalíptica de lo negativo con rechazo de todo tipo de formalización, y la reconversión de todo el saber, incluido el psicoanalítico, en puras prácticas tecnológicas que aspiran sobre todo a la eficiencia, es decir, eficacia en corto plazo y a bajo costo, dentro de una revolución científico-tecnológica que no revoluciona nada.

Ética de escucha atenta, pero no desde un punto fijo, del sujeto del deseo inconsciente, de los mensajes del pasado, de los discursos y narraciones actuales; sin un afán totalizador o reductor. De apertura a un futuro liberado de esos métodos, y por eso, más fermental.

Desde esta perspectiva, repensar el psicoanálisis en su ética y en sus fundamentos como ciencia subjetiva, lleva a considerar algunas de sus particularidades o especificidades, que a mi juicio, deben tenerse en cuenta siempre.

En una ciencia como el psicoanálisis, la cura no constituye una prueba de la teoría, incluso puede modificarla ampliando o recortando su campo de fenómenos. Es decir, es necesario admitir la contrainducción negativa, no sólo lo hipotético-deductivo e inductivo. Lo hipotético-deductivo e inductivo a ultranza, rígidamente aplicado, lleva al dogmatismo, a la repetición, al “otra vez lo mismo”; lo conrainductivo y otras operaciones divergentes, llevan a lo creativo, a lo nuevo, al “de nuevo esto”.

Tal vez lo mejor para el psicoanálisis, es el interjuego entre las operaciones convergentes (deducción, inducción) y las divergentes (contrainducción, proliferación teórica, inconmensurabilidad e incomunicabilidad entre teorías; competencia entre teorías; uso de hipótesis auxiliares *ad hoc* corroboradas; falsación de enunciados, pero también persuasión, intuición y conversión).

En psicoanálisis, el objeto no es obviamente el de las ciencias positivas; es un objeto que además de ser subjetivo-discursivo, es mejor definido como conjunto de temas, problemas e hipótesis, que van cambiando dialécticamente a través del tiempo. Es decir, el objeto se va constituyendo desde las hipótesis, lo cual desarrolla y modifica más dinámicamente la teoría. Además, el psicoanálisis introduce conjeturalmente en el campo científico, objetos inéditos y altamente problemáticos: sujeto inconsciente, conflicto inconsciente, sexualidad, etc. El panorama que se presenta en psicoanálisis, es siempre el de un conjunto o familia de teorías emparentadas, de problemáticas cambiantes que se van modificando a medida que se hacen los descubrimientos y se van detectando los efectos de su práctica. Es decir, algo mucho menos rígido, mucho más elástico, más “débil” que la racionalidad donde cada ciencia debe tener un tipo específico de objeto, que la determina esencialmente. Hay en psicoanálisis más de 2.000 teorías, y las grandes teorías (Freud, Klein, Lacan, etc.) no son paradigmas, es decir, teorías opuestas e inconmensurables en sentido estricto; son más bien diferentes hipótesis auxiliares *ad hoc* corroboradas, que sostienen el mismo tronco o basamento epistemológico: el inconsciente, la sexualidad, el conflicto, etc. Parecen más bien, y

pese a las divergencias, una familia de teorías emparentadas, acerca del mismo objeto-subjetivo cultural y complejo.

El analista, al interpretar, construye una micro-teoría de la relación transferencial con el paciente, desde su propia historia e ideología, y no siempre es consciente de las operaciones lógicas y epistemológicas que lleva a cabo para hacerlo.

Más “debilidad” aún, que nos obliga a reconocer y aceptar que el psicoanálisis es una ciencia subjetiva e interpretativa, en la cual las pruebas de validación serán sobre todo, los fenómenos subjetivos e intersubjetivos como efecto cíclico de nuestras intervenciones, y sobre todo, de la transferencia.

Las ciencias, que en su mayoría marchan dando la espalda al sujeto del inconsciente, buscando y esperando develamientos tangenciales, no soportando que ese sujeto infiltre todas sus observaciones y teorías, también deberían aceptar que el psicoanálisis busca la iluminación de lo implícito, entender lo que está allí y sin embargo escondido, los espacios en blanco del texto visible, la combinación significativa que arroja sentidos, la intención de ocultar y la resistencia a comprender.

Las ciencias que intentan permanecer en el espacio representable, aún admitiendo el azar, la duda, el indeterminismo, lo incognoscible, deberían conceder que el psicoanálisis es una ciencia distinta, que procura ir más allá de lo meramente representado, pero no como pura especulación o como una teoría general del hombre, ya que está estrechamente ligada a una práctica clínica, a la liberación del deseo dentro de la relación analítica, y a un fin práctico de cambio subjetivo.

También deberían aceptar que la realización de un análisis es siempre un caso particular, dudosamente generalizable, aún cuando numerosos casos particulares se presten a cierta generalidad, y que esos casos particulares pueden modificar desde su particularidad, ciertas generalizaciones. Que el psicoanálisis tiene su fundamento en la experiencia intersubjetiva, no en la experimentación; que maneja una teoría coherentista de la verdad, donde son imprescindibles, la aceptación y la tolerancia de la verosimilitud, la aproximación y el tanteo teóricos; que emplea un vocabulario observacional, no sólo teórico, y más que explicar y comprender, trata de significar los fenómenos psíquicos; que tiene presentes los contextos de descubrimiento y de aplicación, no sólo de justificación, y que evita sistemáticamente la reducción ontológica y metodológica.

Por último, harían bien en reconocer y aceptar como lo deben hacer muchos analistas también, que toda ciencia tiene el derecho y casi la obligación para conservar su coherencia, su consistencia lógica y epistemológica interna, de autolegitimarse como ciencia con sus propios interpretantes, con sus propios conceptos que deben surgir de su propio campo, y con sus propios métodos, y no con los de otros campos y métodos. En definitiva, aceptar la libertad del psicoanalista como la de todo hombre de ciencia.

Quisiera terminar este trabajo recordando un concepto de Winnicott acerca de la investigación en psicoanálisis, que opino debería orientar nuestros esfuerzos en ese sentido especialmente si buscamos una cientificidad propia en tiempos de crisis: la respuesta a muchos problemas oscuros del ejercicio del psicoanálisis yace en un mayor análisis del analista; a investigación psicoanalítica tal vez sea siempre, en cierta medida (en gran medida, diría yo), un intento por parte del analista de llevar la tarea propio análisis más allá de lo que podría llevarla su propio analista; e esta manera puede haber alguna esperanza de evitar el tipo de terapia que está más adaptado a las necesidades del terapeuta (y del mercado y de la empresa, agregaría yo), que a las del paciente.

## Bibliografía

1. **Baranger W, Baranger M.** Problemas del campo psicoanalítico. Buenos Aires: Ediciones Kargieman, 1969.
2. **Caetano G.** Historicidad y temporalidad. IX Jornadas Psicoanalíticas de APU. Montevideo. Setiembre 1995.
3. **Casas de Pereda M.** Saber y verdad. Rev Urug Psiconálisis 1991; 72/73: 21-35.
4. **Freud S.** Pulsiones y destinos de pulsión. T XIV. Argentina: Amorrortu, 1979.
5. **Feyerabend PK.** Contra el método. España: Ediciones Planeta-Agostini, 1993.
6. **Feyerabend PK.** Adiós a la razón. España: Editorial Tecnos, 1992.
7. **Feyerabend PK.** Límites de la ciencia. España: Editorial Paidós, 1989.
8. **Feyerabend PK.** La ciencia de una sociedad libre. España: Editorial Siglo XXI, 1988.
9. **Foucault M.** La arqueología del saber. México: Editorial Siglo XXI, 1996.
10. **Gil D.** Verdad y saber en psicoanálisis. Rev. de Psicoterapia Psicoanalítica 1995; IV (3): 313-341.
11. **Hagelin A.** Narcisismo. Buenos Aires: Editorial Kargineman, 1985.
12. **Klimovsky G.** Las desventuras del conocimiento científico. Argentina: A-Z Editora, 1994.
13. **Lacan J.** La ética del psicoanálisis. Argentina: Editorial Paidós, 1988.
14. **Miller JA.** Recorrido de Lacan. Argentina: Editorial Manantial, 1991.
15. **Thoma H, Kachele H.** Teoría y práctica del psicoanálisis. España: Editorial Herder, 1989.
16. **Vattimo G.** En el fin de la modernidad. España: Editorial Planeta-Agostini, 1994.
17. **Vattimo G.** El pensamiento débil. España: Editorial Cátedra, 1990.
18. **Winnicott DW.** Escritos de pediatría y psicoanálisis. España: Editorial Laia, 1981.
19. **Wisdom JD.** Testing an interpretation within a session. International Journal of Psychoanalysis 1967; 48: 44-52.
20. **Bernardi R.** Investigación clínica e investigación empírica sistemática en psicoanálisis. RUP 1997; 84/85.
21. **De Souza N.** Acerca de la investigación en psicoanálisis. RUP 1997; 84/85.
22. **Herrmann F.** Investigación psicoanalítica. RUP 1997; 84/85.
23. **Viñar M.** Desde el saber del “insight” al saber de la ciencia. RUP 1997; 84/85.